

En la muerte de nuestra hermana, asidua lectora de "SIEMBRA"

## Homilía en las exequias de Luisa Palop Marín

Olaz de Loyola 28 de enero 1994

1.ª Tesalonicenses 4,13-14.17-18  
Sal 22,1-3.4.5.6.  
Mateo 5,1-12.



Queridos hermanos:

En nuestra vida de cristianos tenemos que ejercer muchas veces las virtudes teologales: **la fe, la esperanza y la caridad.**

Pero en uno de los momentos que sin duda alguna se necesitan más, es cuando un ser querido parte hacia la casa del Padre.

Con mucha ligereza solemos decir: ¡creo en la resurrección de los muertos, creo en la vida eterna!

Ahora en estos momentos en que tanto cuesta el aceptar es cuando tenemos que afianzar nuestra fe, acrecentar la esperanza y creer en el Amor infinito del Padre, ejercitando la caridad de la oración y el sufragio. Nuestra comunidad de hoy, estoy seguro, que no necesita que le recuerde estos principios básicos de nuestra fe. Los sabe y los vive.

Cuando lloramos, porque es necesario llorar, Jesús lo hizo con su amigo Lázaro, lo hacemos como nos recuerda S. Pablo, no como los hombres sin esperanza, sino sabiendo que los que mueren con Cristo, Dios los llevará con Él.

Se que todos estamos consternados ante la **muerte de vuestra hermana y nuestra hermana Luisa.**

Sé que la noticia de su enfermedad, que llegó como un ladrón, y su muerte casi súbita ha llenado de pena a esta Comunidad y a todo el Instituto que tanto ella quería.

Se que a nosotros su familia nos ha dejado invadidos de una pena, de una sorpresa que no nos lo acabamos de creer.

Yo no quisiera que estas palabras pergeñadas en plena agonía, fueran excesivamente elogiosas para **Luisa**; sé que no está bien, pero no tengo mas remedio que escribirlas.

**Luisa** fue para todos, para todos una mujer excepcional, sin aparentarlo. El santo es el que hace feliz a los demás y éste fue el oficio de **Luisa** durante toda, toda su vida.

La paz que irradiaba, la alegría que comunicaba, su total disponibilidad hacían de ella una mujer entrañable.

Este es el origen de nuestra pena. Desde hoy nos sentimos un poco más huérfanos de la que tantas veces ha hecho de madre. En el fondo nuestro sentimiento, es puro egoísmo.

La sentimos porque hemos perdido algo que nos pertenece y que nos hacía feliz. Ahora, sin duda la feliz es ella. Pero puedo asegurarnos que en medio de mi pena,

de nuestra pena, siento **una incontenible alegría.**

Primero porque ella ya ha llegado a la casa del Padre, ya le ha visto cara a cara tal cual es, ya la tenemos por intercesora en la Gloria, como diría Dolores Sopena "**desde el Cielo os ayudaré más**". Estoy seguro que ella ya lo está haciendo. Su encuentro con tantos que tiene en aquella orilla –padres, abuelos, tías, hermano y tantas Catequistas que le precedieron– ha debido de ser apoteósico.

En segundo lugar, y esto entra en la intimidad de mi persona, aquí en esta misma Capilla hace cuarenta y cuatro años le tomé sus votos perpetuos y le impuse el anillo hecho con el oro de mi mismo caliz; todo un símbolo. Apenas hace un año celebramos sus Bodas de Oro y hoy la despedimos, ¡hasta pronto! Vamos a dejarla junto a la Virgen de Olaz y muy cerca de esta casa que tanto amó.

Hermanos dice la Sagrada Escritura que cuando David perdió a su hijo fruto del pecado con la mujer de Urias, Betsabé, tenían miedo de darle la noticia porque si durante su enfermedad había sufrido tanto, que sería cuando se enterará de su muerte. Pero su reacción fue contraria y dijo: "*si durante su enfermedad Dios no me ha escuchado, una vez que me lo quitó, hágase su voluntad*". Y dice que se levantó, lavó y comió con gran gozo. Si Dios no ha escuchado tantas y tantas oraciones que se han elevado por **Luisa**, es porque sus caminos no son nuestros caminos. El Señor ha querido recoger el fruto maduro y si podemos, ya lo creo que podemos, démosle gracias como David.

Porque de verdad Dios se ha volcado sobre **Luisa** en toda su vida y en todos los órdenes. Una tía nuestra le decía que era la mujer de la suerte. La verdad es que sabía sacar partido a todas las circunstancias y momentos de la vida.

Perdonar este desahogo que he tenido. No quiero terminar sin dar las más rendidas gracias a este Instituto que desde la madre General hasta la más humilde catequista nos ha mostrado su pena y amor por **Luisa**.

Un capítulo aparte de infinito agradecimiento merece esta Comunidad que se ha volcado con ella y un poquín más Laura, su inseparable compañera y enfermera.

Muchas gracias, muchísimas gracias.

Y término con unas palabras jaculatorias, salmo que le oí pronunciar a **Luisa** y que se me grabó en el alma:

**¡Señor dame fortaleza!**

Tú ya no la necesitas; nosotros sí.

**¡¡Señor danos fortaleza!!**